



LA EPISTEMOLOGÍA COMO *PRAXIS* EN TIEMPOS DE CRISIS: SUBVERSIÓN Y/O PERVERSIÓN DE LAS CONVENCIONES NORMATIVAS

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

Introducción

Prologando un texto dedicado al análisis de las nuevas maneras en las que los poderes políticos han tenido a bien dictar una orden de liquidación sumaria contra los fumadores, esa caterva de seres moralmente depravados que “contaminan” nuestra existencia y “vician” de “impurezas” el sacrosanto templo médico de la “salud”, Emmánuel Lizcano indica claramente las razones que dan carta blanca a esos poderes para tal liquidación sumaria:

«Las derivaciones entrañadas en la metáfora platónica del político-pastor son suficientes para entender buena parte de la política anti-fumadores tan sañudamente impuesta y dócilmente consentida por las cabañas humanas estabuladas en los Estados democrático: el deber del político de velar por la salud y buena constitución del rebaño nacional, la mansa aceptación por las bestias que aquél apacenta de cuantas medidas crea necesarias para el cuidado y seguridad de ellas mismas, pues como cualquier ganado que se precie no sabe lo que le conviene... (...) La asunción por las Constituciones modernas del bienestar y la felicidad de las poblaciones bajo su custodia no sólo legitimará cuantos desvelos y cuidados se vea obligado a imponer el moderno político-ganadero, también constituirá a las poblaciones así fabricadas como ganado que espera y exige su sana crianza, nutrición y seguridad. (...) La deriva moderna en el apacentamiento de poblaciones alcanza su cenit con el nacionalsocialismo. (...) Lejos de significar ningún retroceso histórico ni ninguna bárbara aberración que se desviara del impulso modernizador, fue entonces cuando eclosionaron muchas de las políticas y valores que hoy tantos estados democráticos van imponiendo».¹

Pretendiéndonos tan novedosos e irrepetibles, tan libres y capaces de cualquier cosa si nos acompañan talento y empeño, de hecho no somos más que la humana composición de rebaños domesticados por una lógi-

¹ Emmánuel Lizcano (2011:11-13). Para llevar a cabo toda esta operación de “apacentamiento”, como bien señala la autora del libro prologado por Lizcano, el poder recurre a discursos performativos: «Los discursos dominantes procuran ocultar que la realidad no es algo preexistente o descubierto, sino resultado de una construcción social (...) se pretende imponer un relato... apoyándose en las evidencias científicas, ocultando, al presentar esto como verdadero sin más, que también el discurso científico es una construcción social y acalla otros discursos, que son marginados y desvalorizados» (Rodríguez Díaz, 2011:18).

ca en el ejercicio del poder que tiene 25 siglos de tradición bien consolidada. Nada nuevo bajo el sol, según rezaba el Eclesiastés.

“Fumar perjudica la salud” o “fumar puede matar” (o provoca cáncer, o afecta seriamente al feto en estado gestacional, o conlleva elevadísimo riesgo de enfermedades cardiovasculares, etc.), en tanto que parte del discurso formulado por la autoridad para legitimar sus prácticas impositivas, viene a ser lo mismo que “dada la crisis actual, es absolutamente necesario garantizar la capacidad crediticia de los bancos” o “ante los imperativos que la actual crisis plantea al Estado, el recorte de salarios y pensiones así como un elevado nivel de desempleo son realidades que deben ser afrontadas”. Tras estas afirmaciones, afirmaciones del poder político que ejecuta sus medidas, están dos potentes aparatos de legitimidad, la Ciencia Médica y la Ciencia Económica, la Verdad de la Salud y la Verdad de la Economía. Amparado en discursos de Verdad, el poder prosigue su tarea de apacentamiento.

Queda al margen (y resulta hasta irrespetuoso y moralmente reprobable lo contrario) el hecho de que, gracias al pertinaz cuidado en que el Estado está empeñado por la consecución de nuestra salud, en lo que al tabaco se refiere, no ha dejado de incrementar el monto de sus ingresos a través de los impuestos; o que, debido a esos imperativos irrenunciables derivados de la crisis, los bancos mantienen, no sólo incólume, sino incrementada, su cuota de beneficio empresarial, mientras han cerrado el grifo del crédito al pobrecito ciudadano. Son efectos que se derivan de la Verdad, luego verdaderos por principio y, claro, incuestionables.

Aquí introduciré un breve anticipo de algo que más adelante será objeto de atención algo más detenida: si ya de por sí, de manera autónoma, esos dos discursos de verdad puestos al servicio del ejercicio del poder, el de la ciencia médica y el de la económica, tienen efectos devastadores, dichos efectos se elevan a infinito cuando deciden actuar de mutuo acuerdo: un único discurso de la verdad multiplicado por dos, el que resulta de la agregación de las dos verdades científicas de la salud y de la rentabilidad económica (porque, por cierto, la verdad científica del discurso económico sólo versa, a fecha actual, sobre el beneficio empresarial, ya no lo hace sobre la subsistencia económica de los asalariados...). Y de esa conjugación son particular objeto de atención los y las integrantes de un determinado colectivo que forma parte de los rebaños humanos apacentados por los poderes políticos: las personas con discapacidad. Pero este es tema que habrá que dejar para las postrimerías.

Rebaños, disciplinamiento y devota sumisión

Bien. De lo que estamos hablando es de las lógicas de normalización, de los aparatos de saber-poder y de las estrategias disciplinarias. Sí, efectivamente, de los anticipos foucaultianos relativos a las genealogías del poder (que, dicho sea de paso, vienen a ser, en definitiva, la vertiente pragmática de las arqueologías del saber: nunca hubo dos Foucaults, sólo uno que procedió “por partes”).

Mi “objeto” de preocupación no es, ni la nueva cruzada anti-tabaco, ni la situación actual de crisis económica global. Ambas son, en el anudamiento entre la realidad efectiva de la cosa y el discurso que la enuncia para transmutarla en verdad con efectos sobre los/as ciudadanos/as, manifestaciones episódicas (terribles, todo hay que decirlo, para los/as afectados/as; pero episódicas, al fin y al cabo) de algo mucho más genérico, extendido y ramificado que la Modernidad heredó como legado cultural y transmutó en versión multiplicada en lógica de funcionamiento de conjunto para las poblaciones humanas disgregadas por los confines de este minúsculo planeta. La herencia versa sobre una ejecución sumaria primaria (de la cual, la de los fumadores no sería más que una efímera, como decía, manifestación concreta, puntual y transitoria; y otro tanto cabe decir de la de los asalariados condenados al desempleo o al sub-empleo o a la sobre-explotación, o a la prostitución o directamente la muerte; La verdad médica de la salud, por muy paradójico que resulte, y la verdad económica de la rentabilidad producen cadáveres, abundante cantidad de ellos: de la Salud saben muy mucho las empresas farmacéuticas, y del Beneficio las bélicas: sumen dos y dos y, en este caso, resultará bastante más que cuatro). Se trata, ni más ni menos, que de la ejecución sumaria de la Persona.

Si nos detenemos un momento a recopilar (no hace falta demasiado ejercicio sistemático en ello, simplemente “echar un vistazo”) los “objetos” de interés, atención e intervención de esos discursos de apacientamiento, inmediatamente nos daremos cuenta que las personas no están presentes.

Bien, “¿y qué es un persona?”, me preguntarán en este momento. Y yo he de contestar: “pues, señores, ese es, precisamente, el problema”. A mi modesto modo de ver, una persona es algo complejísimo: engloba en su constitución un proceso de vida, con sus ciclos y fases biológicas, su memoria, sus expectativas, sus proyectos de futuro; también una particular forma de representarse el mundo, y a sí misma; a su vez, un conjunto de relaciones personales, de obligaciones formales, de preferencias ideológicas, éticas y estéticas; y también comporta “debilidades”, gustos inconfesables, pequeñas o grandes perversidades y tentaciones; por supuesto, una persona tiene un nombre y uno o varios apellidos, una procedencia geográfica, una nacionalidad, una lengua materna (y quizá varias otras más: esto “vende” mucho hoy en día para una “persona”); ¿y qué más podríamos incluir?... Pues todo cuanto hace de la singularidad de una vida esa vida y no otra cualquiera.

Obviamente, en la operación de hiper-racionalización en la que se involucraron los estados europeos camino de la modernización toda esa complejidad constitutiva de la persona era, como poco, problemática. De modo que se aplicaron ciertas medidas “quirúrgicas” para reducirla y quedarse con lo “esencial” (esto es, lo que realmente importaba en términos de la lógica racionalizadora del tal proyecto). Lo fundamental que se decidió (pues fue una decisión; no en el sentido de un acto deliberativo consciente y evaluador, sino en el ejecutivo de que se optó por una vía predominantemente) es que lo que más compactaba a la persona era su condición de “sujeto”. Esto es: alguien que tiene la capacidad de producir conocimiento según unas reglas universalmente válidas.²

Esa es la ejecución sumaria que se produjo. Conviene entender que, dado el profundo tránsito que se emprendió con la modernidad europea, algún tipo, o diversos y múltiples tipos de ejecuciones sumarias eran necesarios. La eclosión de los saberes científico-técnicos impulsados por la metodología empírica de laboratorio, el creciente e inacallable descontento de las masas populares frente a las desmedidas insidias de los regímenes aristocráticos, la miseria de las poblaciones campesinas acuciadas por sus deberes serviles y el emergente y creciente conocimiento de realidades sociales radicalmente distintas a las que se daban por supuestas y absolutas, todo ello, propiciaba la necesidad de ejecuciones. Pero de las posibles que pudieron llevarse a cabo (y pudieron ser otras, creo), la que se ejecutó fue, primordialmente, esa: la persona es un “sujeto cognoscente”.

En el olvido quedó todo lo demás que, propiamente, es irrecuperable; pero puestos a rescatar aspectos fundamentales que, desde una perspectiva sociológica, merezcan el derecho a estar presentes con igual, o mayor, entidad que la condición cognoscente asociada a la categoría “sujeto”, entiendo que hay dos olvidos particulares que merecen ser eliminados: la persona (toda persona humana) tiene un cuerpo (es materia orgáni-

² Es interesante observar que ese gran otro universal que engloba a la condición humana, es decir, a las personas que la componen, el de “humanidad”, se estipula por oposición al resto de la fauna viviente, puesto que no es capaz de pensar y sólo posee sus “instintos” animales para preservar su supervivencia. Aquí la Modernidad devaluó un tanto el grado de perspicacia de la herencia cultural de la que es resultado (una parte de ella), la Grecia Clásica (la Grecia que, para bien o para mal, racionalizó la riqueza simbólica y representacional del imaginario mítico del que provenía: el éxito, claro está, se lo debemos a la Filosofía): según nos informa Lizcano, en el prólogo citado al inicio, ya Platón era consciente de que una operación retórica que constituía a los Griegos en categoría definible simplemente por separarlos/oponerlos a los “bárbaros” no resultaba demasiado satisfactoria en términos lógicos. Para entendernos, es como si yo decidiera definirme como humano, en oposición al resto de la especie, porque tengo el privilegio de haber sido capaz de escribir la obra poética “Poemas del amor extraño” (inédita en su conjunto —aunque merecedora, en alguno de sus fragmentos, de un premio accésit en un concurso literario—, pero que reposa, como prueba empírica irrefutable, en el altillo de mi armario). La operación es igual de arbitraria y selectiva (dejando “fuera” de la categoría a la gran mayoría de los/as que podrían haber cabido “dentro”) que la que se traduce en el famoso emblema que circula por la escuela primaria desde entonces: “el hombre es un ser racional”; no otra es la construcción-reducción moderna de la persona.

ca, es una condición material y vital de existencia, compuesta de “trozos” que obedecen a una lógica interna de estructura y funcionamiento), y además tiene emociones y sentimientos³, es decir, razones irracionales que la movilizan y sitúan en la vida sin pasar por el orden del intelecto.⁴

Por lo tanto, el proyecto ilustrado se apuntaló en una gran operación de conjunto, la de la racionalización de la existencia de las colectividades humanas. Operación en positivo que se acompañó de múltiples otras en negativo, en particular, las de la descorporeización y desafectivización de tales colectividades. Operaciones elaboradas en el plano discursivo bajo el amparo de la verdad científica e inculcadas como marco ideológico de conjunto a las poblaciones a través de diversas instituciones, principalmente, la escuela.

Se trata, por tanto, de operaciones netamente políticas, por más que se las pretenda hacer pasar por neutras e irrefutables consecuencias de la verdad científica. Operaciones que acaban, además, logrando su plena efectividad porque se acompañan de medidas que actúan sobre aquello han puesto en suspenso y relegado al olvido, el cuerpo y las emociones.

El apacentamiento colectivo lo es principalmente de cuerpos y de emociones, y la sumisa aceptación por parte de los rebaños se debe a las “buenas razones” que el discurso del poder enuncia, razones adscritas al deber moral que dicho poder se ha auto-impuesto, razones que convencen mediante su irrefutable retórica de científicidad, pero que actúan, apacentando, no sobre el intelecto, sino sobre el cuerpo y sobre las emociones de las poblaciones.

Hace tiempo que deberíamos estar advertidos pues ya Weber diera cuenta en su momento de esta lógica, del irresistible impulso en occidente de la racionalidad formal, de la instrumentalización de nuestra existencia y de la creciente burocratización de las sociedades occidentales. Hoy en día, con la eclosión de las nuevas tecnologías informáticas, estamos camino de alcanzar la perfecta simbiosis entre racionalidad formal y burocracia hasta el punto de que llegarán a ser indistinguibles: el instrumento técnico, como depósito material de la lógica a cuyo servicio se pone, adquiere la cualidad sustantiva de dicha lógica; el instrumento adviene, simultáneamente, racionalidad y burocracia. Y el instrumento acaba controlando a su usuario/a.

Esto nos conduce a la máxima extensión del auto-servicio, que, por otro lado, es uno de los horizontes de referencia de esta época de neo-liberalismo exultante; deshumanización absoluta de nuestra existencia derivada de las crecientes obligaciones telemáticas de las que el poder político se rodea. Para realizar la gestión X dispone Vd de la aplicación tal en la web cual; y la susodicha aplicación, artefacto construido por el poder para trasladar al ciudadano la responsabilidad en la gestión de los asuntos que son, de hecho, de su responsabilidad (la del poder, no la del ciudadano, puesto que si no le obligaran a todos esos trámites, gustosamente se dedicaría a otros menesteres), la aplicación impone la lógica sin posibilidad de apelación alguna (en ese

³ Según la distinción comúnmente aceptada, las emociones indicarían la pura respuesta corporal a estímulos externos, mientras que los sentimientos serían la elaboración neural-cerebral-psíquica de dichas respuestas (la indicación, entre otras fuentes, aparece en Oliver Sacks, en algunas del conjunto amplísimo de sus publicaciones; cito, como referencia para el lector que pueda estar interesado, Sacks, 2003; 2006a; 2006b).

⁴ Cabe indicar, por cierto, que resulta cuando menos curioso que lo corporal y lo emotivo sean determinaciones con una fuerte connotación femenina: la mujer como cuerpo reproductivo y la mujer como afectividad apta para el cuidado son parte del imaginario de la modernidad, continuación del legado cultural del que proviene (ya en Grecia la mujer, por su corporalidad y emotividad, se situaba del lado más bien de la animalidad que de la plena humanidad), y constatan que la liquidación de la persona y su suplantación por la categoría sujeto formaban parte de un proyecto marcadamente machista y patriarcal. Si a dichos sesgos, el de la racionalización y el del masculinismo, agregamos el del incorruptible etnocentrismo, vamos comprobando cuán poca universalidad poseen los presuntos valores universales de la modernidad: libertad, igualdad y fraternidad no eran, no han sido y no son tales, traducen más bien, en modalidad retórica universalista, los particularismos de un varón europeo burgués acomodado con esposa-ama-de-casa, hijos rectos y bien educados, y una clara conciencia de que se merece unos privilegios que en absoluto está dispuesto a compartir con la “plebe”, por definición y constitutivamente, no apta para ciertos menesteres (el particularismo que constituye y conforma los presuntos valores universales y su universalización como tales lo detalla Bourdieu, 1999).

apartado debe indicar su NIF, pero sin la letra —“si no la aplicación no procesa el formulario”—, pero en ese otro tiene que poner la letra; aquí, en este apartado, no puede introducir más de 900 caracteres —si el buen ciudadano ha formulado en su mollera las razones de lo que quiere decir en 18.000 caracteres, pues su mollera no opera según caracteres, sino según las entendederas de su portador, pues habrá de someter a la aplicación 17.100 caracteres menos del asunto que quería transmitir—; no se olvide de desactivar la casilla de “aceptación de la explotación de sus datos personales” si es que no quiere que sean explotados —que lo serán igualmente, suponemos...—; asegúrese de que están correctamente introducidos todos los dígitos de su cuenta bancaria —que a la que te equivoques, si de cobrar algo se trata, lo mismo el ingreso se “desvía” imprevistamente—; por favor, lea detenidamente la guía de ayuda para usuarios y las “preguntas frecuentes” para garantizar la eficiencia del procedimiento; etc. etc. etc.).

Subsumidos cotidianamente por esta hipertrofia informático-burocrática, a la cual se suma, además, la informático-pseudo-afectiva (además de las aplicaciones telemáticas diseñadas para la gestión de asuntos varios, tenemos artefactos como el messenger o skype y espacios de comunicación virtuales como facebook, tuenti o twitter, por medio de los cuales se genera una profusa interacción social en la que el cuerpo ha dejado de tener presencia), vamos insensiblemente asimilando las directrices de la gestión racional-formal de nuestra existencia, aparcando nuestra carne corporal y nuestra fibra emocional, suspendidas, ambas, por esa dinámica virtual. Nuestro cerebro se va conformando, lenta y eficazmente, a las directrices que se nos imponen, sin ser conscientes de que hemos cedido toda voluntad y capacidad decisoria a la maquinaria que se nos ofrece. Olvidamos, también, que nuestro cuerpo se ve obligado a un sedentarismo orientado a la sumisa posturación ante la pantalla del ordenador y que nuestras emociones son moduladas por los mensajes de dicha pantalla (junto con las que proceden del imaginario publicitario de los medios de comunicación y las incitaciones a querer y desear aquello que no poseemos y se nos muestra como propiedad de unos seres ideales que personifican, de diversos modos, la idea abstracta del logro).

Nuestro cuerpo, postrado sumisamente ante la materialidad tecnológica que ha adoptado la racionalidad moderna, al mismo tiempo es movilizado estratégicamente por las demandas generalizadas que se efectúan en nombre de la salud, principio dictado por el saber experto de la medicina, en primera instancia, según el cual hemos de alcanzar el máximo grado de funcionalidad orgánica posible, junto con la mayor aproximación a ciertos cánones estéticos: hacer deporte, dieta sana, horarios regulares, no fumar, no beber, practicar sexo de manera racional y segura, por un lado; implantarse pechos de silicona, reducir quirúrgicamente los tejidos adiposos, suprimir pliegues faciales, ampliar el volumen de los labios mediante la inyección de sustancias tóxicas, etc.

En definitiva, una sumisión servil a los poderes que la reclaman y exigen, derivada de una racionalización en la que el poder actúa mediante discursos revestidos de cientificidad, y una actuación paralela sobre los cuerpos y las emociones que es sistemática y cotidiana y se nos oculta y vela gracias, precisamente, a que habiendo evacuado lo corporal y lo emocional de los argumentos racionales, se nos impone sin que seamos conscientes de ello.

Por lo tanto, se presenta como necesaria una respuesta que ha de implicar tanto la renegación de las formalidades racionalizadoras del discurso del poder, haciendo expresa su intención política y evidenciando la arbitrariedad de sus argumentos de verdad, como la constatación expresa y declarada de que no somos meramente “sujetos”, sino también y sobre todo cuerpos que se emocionan, cuerpos frágiles y emociones subjetivas que no desean ser objeto de intervención sumaria todos los días por parte de los aparatos que el poder aplica para nuestra regulación, domesticación y adormecimiento.

Mi cuerpo me pide su dosis de nicotina diaria y se la quiero dar, al margen de lo que ello comporte, según el discurso ortodoxo actual y las medidas punitivas incorporadas en el aparato legal; mi nómina ha sufrido un severo recorte por imperativos económicos y no estoy dispuesto a aceptar el hecho dócilmente porque haya una crisis que demanda medidas de urgencia, porque me siento estafado y siento (sin razonamiento ni argumentación formal alguna) que es injusto. Quiero fumar y la crisis me cabrea; cuerpo y emoción me dictan,

como persona, no como “sujeto”, que ambas cosas constituyen parte de lo que soy y no tengo por qué renunciar a ellas.

La imagen del dolor hecha carne

Quizá a algún/alguna lector/a le haya resultado exagerada la afirmación de Lizcano de que la Alemania Nazi, lejos de suponer una desviación de las bondades del proyecto modernizador, era más bien la máxima expresión de los imperativos que lo impulsaban. Para dar fe de que la indicación es más que atinada puede que resulte útil recurrir a una fuente, precisamente, de procedencia germana, a alguien que estaba en el “calor cultural” que propiciaría ese ejercicio histórico que se llevó a cabo con el régimen hitleriano. Nos referimos a Franz Kafka.

En la colección de “Letras universales” de la editorial Cátedra figura un volumen que lleva por título *La metamorfosis y otros relatos*. Uno de esos “otros” relatos es el de “En la colonia penitenciaria”. De la lectura uno deduce que el relato versa sobre una “comunidad” que vendría a ser la versión literaria del actual Guantánamo, un emplazamiento de reclusión penitenciaria en territorio extranjero en el que los presos son objeto de la más absoluta arbitrariedad en el ejercicio del poder por parte del aparato militar. En la tal colonia hay una “máquina” que se utiliza para aplicar los castigos que se derivan de actos cometidos por los colonos y que la autoridad militar considera impropios.

El oficial encargado del mantenimiento de la máquina y de la aplicación, con ella, de los castigos, trata de explicar a un visitante, el “viajero”, cómo funciona la máquina con ocasión de la celebración de la ejecución de una sentencia. Así, el lector va a ser informado de que la mecánica del castigo consiste en grabar en la piel del acusado el texto de la sentencia que lo condena. No obstante, el viajero, pese a la prolija insistencia del oficial en sus explicaciones técnicas, se siente un tanto preocupado por el procedimiento judicial en virtud del cual se decide que alguien de la colonia debe ser castigado. Al ser interpelado al respecto, el oficial, molesto porque le desvían de su preocupación principal, la explicación técnica del funcionamiento de la máquina, indica que no hay tal procedimiento: un oficial se queja de la conducta de un recluso, le informa a él mismo y él actúa inmediatamente dictando la sentencia y ejecutándola, con la máquina. Es mucho más sencillo que un procedimiento judicial, ahorra esfuerzos y rentabiliza el funcionamiento de la colonia. En palabras del oficial:

«El capitán vino a mí hace una hora, yo tomé nota de su declaración y acto seguido de la condena. Después hice encadenar al hombre, todo esto fue muy sencillo. Si, en principio, hubiese hecho llamar al hombre y le hubiese interrogado, sólo se hubiese originado una confusión. Él hubiese mentido; si yo hubiese logrado refutar sus mentiras, él hubiese sustituido éstas por otras mentiras nuevas, y así sucesivamente. Pero ahora lo tengo en mi poder y ya no lo dejo. ¿Está claro ahora?» (Kafka, 1990:197-198).

Por tanto, el procedimiento judicial es “ineficiente”; la autoridad (capitán), por serlo, dispone de la verdad por definición; basta tomar nota y actuar en consecuencia. Dado que hay una máquina eficiente para llevar a cabo lo que de la verdad se deriva, eso es lo realmente importante.⁵

Con esta sombra de “sospecha”, prosigue el relato de los pormenores técnicos del funcionamiento de la máquina. El viajero, por supuesto, se ha quedado un tanto preocupado; en tanto que el oficial se ha quitado expeditivamente de encima lo que entiende que es un engorro para pasar a lo que verdaderamente importa... la máquina.

Y entonces nos damos cuenta de que lo terrorífico del caso es que la máquina es un aparato de ejecución, de que todas las condenas son condenas a muerte, y de que la muerte se lleva a cabo mediante un procedimiento de tortura de aproximadamente seis horas de duración en el que el cuerpo del condenado es rasgado por

⁵ Si la “máquina” es el messenger, y dado que está ahí y es tan “eficiente”, resulta absurdo plantearse las razones que me pueden llevar a usar la máquina. Lo que importa es que la máquina funciona y debe ser usada.

las agujas de la máquina, que lo recorren una y otra vez grabando una tortuosa caligrafía que es el texto de la sentencia:

«—Bueno —dijo el oficial; ser rió (...)—, no es una caligrafía para niños de escuela (...). Naturalmente, no debe tratarse de una escritura simple, no puede matar de inmediato, sino, por término medio, a partir de un margen de tiempo de doce horas. El momento crítico se calcula hacia la sexta hora. Así pues, son muchos, muchos los ornamentos que deben rodear a la escritura propiamente dicha. La escritura en sí rodea solamente el cuerpo en forma de cinturón estrecho; el resto del cuerpo está dedicado a adornos» (Kafka, 1990:200-201).

La verdad del discurso del poder, por serlo, no requiere de más atención que su simple acatamiento. La ejecución práctica de su veredicto es, simplemente, la inscripción del texto de la sentencia... en el cuerpo del acusado. Ahora bien, las complejidades intrínsecas de esa verdad requieren de una caligrafía sofisticada, “no es una caligrafía para niños de escuela”, la verdad del poder, a la hora de ser transcrita, requiere muchos “adornos”, y los requiere porque va a ser inscrita en el cuerpo, un cuerpo al que va a matar. Esa es la imagen gráfica de cómo los discursos de racionalidad, al ser transcritos de manera práctica, implican una infinita variedad de complejidades que, en última instancia, recaen sobre los cuerpos sometidos, y que conducen a su extinción, a la muerte.

Una vez adquirimos conocimiento del sentido efectivo de la mecánica de la máquina, el oficial, exultante por la perfección que la misma supone en términos de ejecución material de las verdades del poder, nos informa de la razón que ha llevado a instituir ese procedimiento:

«¡Pero cómo se tranquiliza el hombre hacia la sexta hora! Incluso el más estúpido empieza a entender, comienza por los ojos, desde aquí se extiende. (...) No ocurre nada más, el hombre solamente empieza a descifrar la inscripción, aguza la boca como si escuchara. Usted lo ha visto, no es fácil descifrar la escritura con los ojos, pero nuestro hombre la descifra con sus heridas» (Kafka, 1990:202).

Sólo a través del cuerpo, de la tortura, de las heridas, de horas y horas de manipulación sangrienta, el condenado llegará a “entender” la sentencia que se le está aplicando, el texto, real y efectivo, en el que la misma se inscribe, en su cuerpo, en sus heridas. Obviamente, una vez adquirido ese conocimiento, la ejecución llega a su fin; desvelado el sentido último de la verdad del poder mediante su inscripción en el cuerpo del condenado, sólo resta enterrarlo, puesto que adquirido, corporalmente, ese conocimiento, el de la absoluta arbitrariedad del poder, sería temerario dejar que el condenado actuase liberado de la ignorancia en la que estaba sumido.

Los cuerpos dóciles de las ciudadanía actuales, hábilmente adiestrados, domesticados y apacentados por los poderes políticos, jamás requerirán de medidas tan drásticas. Sujetos a las prácticas materiales de sometimiento que esos poderes ejecutan, acatándolas porque asumen racionalmente la verdad ineludible que las razones esgrimidas contienen, jamás osarán cuestionar, ni la verdad, ni sus consecuencias, de modo que no será necesario desvelarles la razón última en la que el poder se ampara: su arbitrariedad. Y así, no será necesario aplicar a esos cuerpos la medida definitiva, la de hacer expreso que la racionalidad ha sedimentado en ellos de manera profunda y que, una vez hecho eso expreso, sólo queda la muerte como acción preventiva para eludir los peligros que comportaría dicho conocimiento para la estabilidad de los poderes vigentes.

El Nacionalsocialismo simplemente omitió este último paso, el de evitar las soluciones extremas: decidió aplicar de antemano y por precaución la medida definitiva a cuantos cuerpos resultaban sospechosos, fueran judíos, homosexuales, comunistas o personas con discapacidad. Se trataba de desembarazarse rápidamente de la materia corporal humana que iba a resultar más difícil y trabajoso domesticar y apacentar. No es extraño que, en el clima actual propiciado por las diversas estrategias que el poder político aplica para la gestión de los rebaños, ese “espíritu purificador” nazi esté remontando con pujanza. Vuelve a ser factible un horizonte práctico en el que llevar hasta sus últimas consecuencias el impulso racionalizador que catalizó la modernidad... racionalidad “justiciera” que se aplica a cuerpos que se decide no merecen formar parte del rebaño de turno.

La economía de la salud y la medicina de la economía

Los dos principales discursos científicos de los que se sirve el poder político a fecha actuar para legitimar, mediante argumentaciones formalmente racionales, el ejercicio de su autoridad son, sin duda, el de la Ciencia Económica y el de la Ciencia Médica. Teniendo, en cuanto discursos de verdad, “objetos” tan disjuntos, de hecho, tienden a conjugarse y converger a la hora de ejecutar medidas prácticas.

El discurso económico, una vez desmantelados los aparatos de cobertura pública que habían sido propios de los modelos keynesianos, recuperó los principios fundacionales del liberalismo con ciertos aspectos añadidos, que ajustaban la premisa fundamental de la mecánica autónoma de los mercados, y su papel de regulador autosuficiente de las relaciones sociales, a los requerimientos del momento⁶. Si hasta ese momento las políticas económicas perseguían garantizar la capacidad de ahorro de los trabajadores fomentando mediante inversiones públicas la creación de empleo y coberturas y seguridades asociadas al hecho de poseerlo, entendiendo que un objetivo prioritario era el del pleno empleo (el empuje de la demanda como principio dinamizador de la economía), a partir de entonces se presupuso que los resultados económicos negativos se debían, precisamente, a la injerencia del estado en la mecánica económica y que todas las garantías y coberturas al empleo eran medidas que desincentivaban la inversión empresarial. La economía crece, desde la nueva óptica, sólo si se garantiza dicha inversión empresarial (en un contexto marcado por una fuerte competencia a nivel internacional y una creciente incertidumbre); principalmente, la flexibilidad laboral, la desregulación del empleo y la precarización de las condiciones contractuales del trabajo serán las “garantías” que propiciarán esa inversión.

Competitividad y flexibilidad serán los dos grandes artefactos retóricos. La mano ancha con el sector empresarial, la directriz práctica. Y para sostener la orientación de estas directrices pese al deterioro generalizado de las condiciones laborales, y de vida en general, de la clase trabajadora, se reforzó la noción liberal clásica de un individuo económico egoísta, calculador e interesado que concurría, principalmente como consumidor, a un mercado siempre bajo la máxima de la rentabilización de sus recursos, mediante una ideología de la “empresarialización” generalizada de la sociedad; todos/as somos gestores/as de los capitales que poseemos y siempre existe la posibilidad de extraer de una adecuada inversión de los mismos beneficios crecientes.

Siendo todos/as, en última instancia, empresarios de nosotros/as mismos, una adecuada gestión de nuestras opciones va a pasar por la adopción de ciertas medidas corporales. Y aquí es donde se da el anudamiento entre el discurso económico y el discurso médico, la combinación de los informes expertos inscritos en las secciones económicas de diarios y noticias televisivas, con la estética publicitaria que rodea a los que, supuestamente, logran efectivamente esa capitalización; y de este modo, se acaban imponiendo como imperativos ciertos cánones corporales asociados y adscritos a ese individuo económico proclive al éxito. Dicho éxito implica, por una lado, un cuerpo funcionalmente óptimo, sano (disciplinado en las dietas, los horarios y el ejercicio físico), y estéticamente atractivo (si no bastase el ejercicio físico, el gremio de la medicina estética se ha encargado de multiplicar las ofertas de “rectificación” posibles).

Por lo tanto, el discurso económico, discurso de inversión empresarial y de la empresarialización de la sociedad, exacerba las tendencias sociales hacia la competencia más cruenta, a todos los niveles de nuestra existencia dada la mercantilización de todas sus esferas, y de la racionalidad utilitaria e instrumental; y al mismo

⁶ Un análisis de esas variaciones específicas del neo-liberalismo surgido a partir de los 70 se puede encontrar en Foucault (2008:155-216, 249-303); la que él denomina “gubernamentalidad neoliberal” proviene del ordoliberalismo alemán y de los postulados de la Teoría del Capital Humano norteamericana. La transición en el marco discursivo de lo económico desde los postulados sobre los que se asentaban los Estados del bienestar hacia los neoliberales, así como su incorporación en los marcos legislativos y las medidas aplicadas al mercado laboral, se recoge en Bilbao (1999). Respecto a los efectos de esa transición sobre la conformación de identidades a partir de los marcos laborales, es ineludible Sennett (2000)

tiempo, ha encontrado en el ámbito de la salud y de la estética un escenario sobre el que revestir a ese individuo-empresario egoísta de una determinada funcionalidad y estética corporal.

La economía construye la ficción de un éxito empresarial generalizable a los/as no empresarios/as y encuentra en los proyectos de vida que produce la medicina en torno a la salud y el cuerpo, el punto de confluencia perfecto.

El “sujeto” de la modernidad ha quedado reducido a su pura racionalidad económica y encadenado al imaginario médico-estético que vende la imagen de su éxito.

Ambos discursos, el de la economía y el de la medicina, tienen sus ámbitos específicos de intervención en los que operan de manera autónoma, como discursos de verdad que imponen directrices a las conductas ciudadanas (directrices que marcan la guía de ruta que interesa a los poderes políticos que han puesto a su servicio dichos discursos, y que lo han hecho bajo el imperativo ético del apacientamiento). Pero en la existencia cotidiana de las personas a ellos supeditadas convergen, en torno al cuerpo, para inducir los deseos adecuados. La racionalidad discursiva ampara, legitima y justifica unas prácticas que recaen sobre los cuerpos y sobre las emociones que los mismos desencadenan.

Ya nadie está en condiciones de reivindicar, teórica o prácticamente, su singularidad como persona... pues no hay personas. Sólo hay prototipos catalogables según taxonomías médico-económicas que se distribuyen en un continuum según su grado de aproximación o distancia a los parámetros económicos, médicos y estéticos que definen el éxito social.

Y ello es así, si seguimos las indicaciones de Bourdieu (1999), porque en ese ajeteo cotidiano las estructuras en las que nos desenvolvemos modelan nuestras aptitudes y capacidades para operar de manera práctica y de modo adecuado en ellas; actuamos conforme a las regularidades que se nos imponen y de ello se deriva que propiciemos la reproducción de las condiciones que mantienen dichas regularidades estructurales. Sólo cuando se da un “abismo” entre nuestras expectativas (que vienen conformadas por todo ese imaginario y esa racionalidad prefabricados) y las oportunidades objetivas, entre las disposiciones adquiridas y las condiciones objetivas en las que son puestas en práctica, sólo entonces se abre la vía para un cambio significativo.

Pero para ese cambio es necesario reactivar aquello que las dinámicas de los aparatos de saber-poder nos han expropiado: nuestra capacidad de reflexión crítica, la cual ha de conllevar, necesariamente, un alto grado de creatividad.

La discapacidad como evidencia empírica del “hurto”

Si atendemos a la dimensión corporal y emocional que nos define como personas, podemos constatar ese hecho generalizado de nuestro dócil apacientamiento situando un caso límite en el que la lógica de fondo “explota”.

Las personas con discapacidad han sido atrapadas por la doble tenaza médico-económica, y lo han sido a través de sus cuerpos y de sus emociones ocultando el hecho el consiguiente discurso político de racionalidad. Han sido definidos como cuerpos económicamente improductivos y médicamente enfermos; cuerpos no ajustables a las normas de eficiencia económica ni de salud médica; cuerpos sobre los que no es posible operar el mismo tipo de apacientamiento que se opera sobre los demás, puesto que la legitimación científico discursiva que oculta el hecho práctico de ese sometimiento colectivo es imposible que pueda movilizarlas a ellas.

Esa definición de partida ha supuesto su “erradicación” de los cauces habituales de la vida colectiva mediante prácticas extensivas de internamiento en instituciones especializadas.

Y la eficacia de esa lógica de internamiento, subsecuentemente, ha operado su mayoritaria sumisión apelando a las emociones, mediante una promesa de curación imposible. Promesa que instala en esos cuerpos la

esperanza de poder llegar a ser lo que nunca serán, de alcanzar un cierto grado de legitimidad siendo, como son, cuerpos ilegítimos, cuerpos que desvelan que la categoría “sujeto” de la modernidad es una falacia, puesto que las personas que los habitan no pueden instalarse en las abstracciones del logro y del éxito social que actúan en el resto de personas como mecanismos ideológicos de subordinación. Se les ha expropiado de esa utopía del sujeto al haberles negado la capacidad para encarnar el principal referente empírico actual de dicho sujeto, el del *homo economicus* racionalizador-optimizador capaz de rentabilizar sus inversiones económicas. Sólo les resta ser personas; pero como la persona constituyó la ejecución primaria de la racionalidad moderna, sería peligroso, y perverso, dejar aflorar en integridad es pura condición personal.

Así que hubo de ponerse en marcha un mecanismo disciplinario adicional, provisto, naturalmente, por la ciencia médica bajo la modalidad de la lógica de la “rectificación”. Pese a ser definidas como cuerpos enfermos-incurables, el tratamiento clínico y rehabilitatorio les promete llevar al máximo grado posible de aproximación al óptimo de funcionalidad orgánica a su organismo defectuoso. Es una promesa devaluada y en segunda instancia, de poder concurrir, con los demás, a la búsqueda del éxito social por los mismos cauces que ellos/as. Y es una promesa incumplible.

Las personas con discapacidad, siendo personas, evidencian esa doble lógica de la racionalización que, discursivamente, “hurtó” a la persona y la suplantó por el sujeto, y de las estrategias materiales de un poder, amparado en discursos científicos que lo legitiman, que opera sobre los dos principales ingredientes elididos de la persona, el cuerpo y las emociones. Cuerpos sistemáticamente sometidos a las prácticas médicas de la rehabilitación; emociones atravesadas en intensidad por la promesa incumplible de la cura.

Lo que nos revelan las personas con discapacidad es nuestra auténtica condición como personas: una condición supeditada a las fragilidades de un organismo biológico constantemente amenazado y que, irremediablemente, está condenado a la finitud, a la muerte, al sinsentido de la vida que es, precisamente, la única verdad irrefutable con la ésta cuenta: que su final es inapelable. Las personas con discapacidad revelan que el sujeto de la racionalidad moderna es una ficción amparada en arquitecturas epistemológicas, y, al mismo tiempo, que la efectividad de las estrategias prácticas emprendidas bajo esa bandera de racionalidad no apelean al intelecto que su discurso propugna como máxima excelencia del ser humano, sino al sometimiento corporal y emocional, a un sometimiento cotidiano, permanente y sistemático.

En el actual imperialismo del más acérrimo de los economicismos y la más cruenta medicalización de nuestra existencia, las personas con discapacidad se hallan en la peor de las condiciones posibles, según los intereses de los poderes vigentes; pero quizá en la mejor desde la óptica de la reactivación de nuestras capacidades de reflexión crítica y de nuestra adormecida creatividad.

Son una llamada de atención para una ciencia sociológica adormecida con las nanas de los poderes vigentes que pagan su subordinación, alegre de contribuir profusamente a la consolidación de los mecanismos que dichos poderes utilizan para perpetuarse como tales.

O dicho de otro modo, frente a la creciente racionalización de nuestra existencia (con su paralelo ocultamiento de las prácticas efectivas de dominación ejercidas sobre los cuerpos y las emociones de las poblaciones), pareciera que de las dos opciones que propone Bourdieu ya se hubiera escogido mayoritariamente una:

«...los progresos de la razón irán sin duda parejos con el desarrollo de formas altamente racionalizadas de dominación (...) [L]a sociología, única capaz de sacar a la luz estos mecanismos, tendrá que escoger más que nunca entre poner sus instrumentos racionales de conocimiento al servicio de una dominación cada vez más racional o analizar racionalmente la dominación, y muy especialmente la contribución que el conocimiento racional puede aportar a la dominación» (Bourdieu, 1997:158).

¿Y cuáles son las “herramientas”?

Las herramientas son, evidentemente, esos “instrumentos racionales de conocimiento” propios de la ciencia sociológica. Pero unos instrumentos “racionales” no racionalizadores, críticos y elaborados a partir de una base epistemológica sólida que se desembarace de la racionalidad propiamente ilustrada y moderna. Siendo fundamentos epistemológicos para la ciencia sociológica, habrán de recuperar cierto grado de integridad de la persona, de la persona humana en su condición social como tal que fue abandonada por la categoría sujeto.

Y efectivamente, una base epistemológica de carácter “práxico”, según reza el título del presente texto; es decir, que no sirva al objetivo de desarrollar, amplificar, perfeccionar grandes arquitecturas abstractas, conceptuales, que pretendan dar cuenta en términos universales de la mecánica, estructural, del funcionamiento de lo social, sino que se conciban como herramientas para la producción de interpretaciones teóricas que puedan ser puestas al servicio de las personas de las que hablan, para dotarlas de una capacidad adicional de reacción frente a las imposiciones de las que son objeto. La epistemología puede constituirse en una poderosa herramienta de intervención social, pero de intervención social “desde la base”.

Como señala Bourdieu en *Meditaciones pascalianas*, la mecánica de conjunto que se propicia en los campos sociales, conformando los habitus de sus agentes a partir de la in-corporación de los esquemas estructurales de dichos campos propiciando con ello su capacidad de desenvolverse competentemente, de manera práctica, en ellos, es una mecánica reproductiva; reproductiva de las propias estructuras y, por tanto, de las lógicas de la dominación que las atraviesan. O traducido a los términos en los que lo formula Lizcano, el apacentamiento político de las ciudadanía propicia la in-corporación en los rebaños apacentados las aptitudes, capacidades, preferencias, etc. que propician el mantenimiento de los apacentadores en su posición como tales y la consiguiente dominación (y adormecimiento) de los rebaños, su dócil consentimiento.

Y en gran medida ello es debido a que esas poblaciones han sido expropiadas de las herramientas intelectuales que les permitirían pensar las cosas con “autonomía”.

Vivimos una “crisis económica”; eso es una “realidad” que nadie puede negar; pero nadie salvo los expertos economistas que trabajan solidariamente con los poderes políticos de turno puede dar fe, intelectualmente, de qué es esa realidad; los afectados no pueden entender “qué” es esa crisis. Y eso conviene a los intereses del apacentamiento porque se les puede suministrar la Verdad adecuada sobre la misma, para que asuman y acaten, disciplinadamente, las consecuencias derivadas (consecuencias que mantienen a los bancos con sus pingües beneficios mientras incrementan incesantemente el volumen de los asalariados en paro... es la lógica inevitable de la Verdad de la crisis enunciada por el saber experto económico puesto al servicio del disciplinamiento político).

¿Y si la crisis no fuera más que la consecuencia desmedida del afán de lucro de unos especuladores que se benefician de la ignorancia colectiva, y que se propicia por una lógica financiera de la globalización en la que el discurrir de la economía “real” —esa que se practica cuando vamos a comprar la barra de pan— ya no es el fundamento de las inversiones financieras sino, a la inversa, la especulación sobre las expectativas de éxito financiero de las empresas la que determina los costes en términos de la economía “real”?⁷.

⁷ Una economía financiera global que, como señala Castells conduce a que algo más de trescientas personas (las primeras fortunas individuales del planeta) acumulen tanta riqueza, tanta “pasta”, como el 45% de la población del planeta que habita sus zonas y países más desfavorecidos: «Los activos de los 358 multimillonarios (en dólares estadounidenses) del mundo exceden las rentas anuales combinadas de los países con el 45% de la población del planeta» (Castells, 1997:105). Si no hay crisis, y la economía va bien... ése es el reparto. Si hay crisis, y la economía va mal, los trescientos y pico se mantienen en su cuota y se incrementa la parte opuesta, la de los desfavorecidos y perjudicados. Es ilustrativa, por ejemplo, la figura de Richard Gere en *Pretty Woman* (y no es, por cierto, una película reciente): el éxito social lo encarna un magnate de las finanzas que se dedica a desmantelar empresas con problemas, las compra a

O también: ¿Y si los perjuicios para la salud ciudadana derivados del consumo de tabaco fueran irrisorios en comparación con la contaminación ambiental que genera el tráfico rodado y la producción industrial de los grandes núcleos urbanos? ¿por qué se ha decidido criminalizar a los fumadores y no a los conductores o a los empresarios que emiten masivamente monóxido de carbono a la atmósfera? Es decir, quizá la “salud” que vende la medicina no sea un absoluto científico, sino un concepto relativo a los intereses de apacantamiento del momento. ¿Sabemos realmente la Verdad científica sobre los efectos del tabaco en nuestro organismo? Porque durante mucho tiempo comportaba grandes beneficios, efectos “curativos” (Rodríguez Díaz, 2011), y así fue reconocido y en consecuencia se actuó. Por no hablar de las virtudes cara a la sociabilidad, las connotaciones placenteras (todo placer experimentado de manera autónoma por las personas es potencialmente pernicioso para los intereses del apacantamiento).

¿Y realmente son tan no “válidas”, tan poco “capacitadas”, tan inferiores carentes y defectuosas las personas con discapacidad? ¿su realidad, como personas, es la de cuerpos enfermos no aptos para la rentabilidad económica? ¿tenemos, todos/as, experiencia directa y vivida de la valía, la capacidad y la rentabilidad de las personas con discapacidad? ¿tenemos constancia de su “enfermedad”? ¿No será más bien que se ha procedido a su sistemática segregación social bajo esos principios sin dar ocasión a los rebaños más cómodamente apacantables de que conociesen de primera mano la realidad efectiva de esas personas? Quizá de haberse dado ese contacto y ese conocimiento, la discapacidad hubiera sido un dispositivo que hubiera propiciado, al desvelar la arbitrariedad de las verdades científico-políticas de la que ha sido revestida, la puesta en marcha de la autonomía de pensamiento de los rebaños dócilmente sometidos a los requerimientos de los poderes instituidos.

La crisis, la práctica de fumar y la discapacidad son realidades sociales que pueden ser entendidas de maneras muy diversas a aquellas que son construidas desde las instancias de poder; verdades que no se restringen al plano de un discurso de conocimiento, sino que desencadenan significativas consecuencias prácticas (desempleo masivo, criminalización y marginación del/ de la fumador/a, opresión y marginación social de la persona con discapacidad).

Una epistemología práxica ha de proveernos de la capacidad de re-pensar el mundo a partir de nuestra implicación (humana) en él: de nuestra reflexividad, de nuestro cuerpo y de nuestras emociones. Si atendemos a las palabras de Eva Illouz, nuestra dimensión emocional es bastante más que un ámbito periférico de nuestra existencia y mucho más que una mera cuestión “íntima”:

«Lejos de ser presociales o preculturales, las emociones son significados culturales y relaciones sociales fusionados de manera inseparable, y es esa fusión lo que les confiere la capacidad de [aportar] energía a la acción. Lo que hace que la emoción tenga esa “energía” es el hecho de que siempre concierne al yo y a la relación del yo con otros situados culturalmente. (...) Las emociones son aspectos profundamente internalizados e irreflexivos de la acción, pero no porque no conlleven suficiente cultura y sociedad, sino porque tienen demasiado de ambas» (Illouz, 2007:15-16).

Y para poder llevar a cabo esa empresa es necesario comenzar con el desmantelamiento, sereno y racional, de las categorías epistemológicas heredadas de la modernidad ilustrada; la primera, en lo que nos atañe como personas, es la de sujeto. Con ella, caería inevitablemente la de objeto (y como consecuencia inmediata la mediación entre ambas que supone que un sujeto conoce un objeto mediante una operación abstracta de representación que mantiene incólumes a ambos, sujeto y objeto, en la relación cognitiva que los define como tales y los constituye); y a partir de ello, la presunción de objetividad y neutralidad de todo acto de conocimiento, y, por tanto, la pretensión de realismo beatífico asociada a dicha pretensión.

bajo precio, las trocea, y vende los “trozos” obteniendo importantes ingresos. La economía real desmantelada por la especulación financiera. Pongamos en suspenso el mensaje utópico-distópico final de la “regeneración moral” del especulador financiero (que atravesado por la saeta del amor —otro universal, por cierto, construido por la modernidad— se desentiende de su lucrativo negocio para hacer a la prostituta princesa...)

La personas, portadoras, en su condición social como tales, de cuerpo y emociones además de intelecto racionalizador (en el doble sentido de ser capaz de construir argumentos racionalmente consistentes y de ser capaz, según la concepción psicoanalítica, de elaborar justificaciones formalmente racionales de actos llevados a cabo por motivaciones absolutamente irracionales), deben ser el baluarte epistemológico fundamental para cualquier empresa de transformación social (y política, y económica y cultural) que tenga por objetivo (y el objetivo, pese a lo que actualmente se supone que es “políticamente correcto”, me parece ineludible) la mejora general y generalizada de nuestras condiciones de existencia, para hacer del mundo un mundo habitable y bondadoso para las personas, para la más amplia mayoría de ellas, sean blancas, negras o amarillas, hombres o mujeres, africanas o norteamericanas, rurales o urbanas, capacitadas o (presunta y falazmente) discapacitadas. Y para ese proyecto de transformación es necesario proveerles de la posibilidad anticipada de poder pensarlo antes de llevarlo a cabo.

Bibliografía

- Bilbao, A. (1999): “La posición del trabajo y la reforma del mercado de trabajo”, en C. Prieto y F. Mígueles: *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, s. XXI; pp. 305-321.
- Bourdieu, P. (1997): *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama.
- Castells, M. (1997): *La era de la información: Economía, Sociedad y Cultura*, Madrid, Alianza.
- Foucault, M. (2008): *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Illouz, E. (2007): *Intimidades congeladas: las emociones en el capitalismo*, Buenos Aires, Katz editores.
- Kafka, F. (1990): *La metamorfosis y otros relatos*, Madrid, Cátedra.
- Lizcano Fernández, E. (2011): “Prólogo” a: Rodríguez Díaz, S.: *La nueva cruzada antitabaco vista por los infieles*, Málaga, Sepha; pp. 9-14.
- Rodríguez Díaz, S. (2011): *La nueva cruzada antitabaco vista por los infieles*, Málaga, Sepha.
- Sennett (2000): *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.
- Sacks, O. (2003): *Veo una voz*, Barcelona, Anagrama.
- Sacks, O. (2006a): *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Barcelona, Anagrama.
- Sacks, O. (2006b): *Un antropólogo en Marte*, Barcelona, Anagrama.